Juego de conciencias

Rafael Granizo

Personajes: Juan, Benita, Teresa, Alfredo, Manuela y Don Jaime

Sinopsis: "Juego de conciencias" es una crítica a esos velos o máscaras que, amparados en liturgias religiosas y, muchas veces caprichosas, modelan personalidades de por vida. Liturgias poco edificantes cuya culpabilidad solo es lavada con sonoros silencios.

PRIMER ACTO. ESCENA I

Al amanecer en el salón de un chalet a las afueras de un pueblo de la sierra de Madrid, *Juan está sentado y dormido en una mecedora. Junto a él está, observándole, Teresa en una actitud discreta.*

BENITA-¿Señor? ¡Buenos días, señor! ¿Señor?

JUAN-¿Eh? Me he debido de dormir otra vez.

BENITA-Así es, señor.

JUAN-¿Qué hora es?

BENITA-Las nueve y veintitrés minutos. ¿Quiere que le abra las ventanas? O espero unos minutos más.

JUAN- No, está bien. Que entre luz en la casa por si viene alguien.

BENITA-¿Espera a alguien el señor? Hace seis días que no pasa nadie por aquí.

JUAN-Siempre puede llegar alguna sorpresa. ¿Y el correo?

BENITA-¿Lleva usted más de una semana y media sin correo?

JUAN-Ya. Quizás tengan algún tipo de problemas…

BENITA-Hoy será difícil que entre luz en la casa, como que llegue alguna visita. Ha amanecido con lluvias intensas, señor.

JUAN-Ya. Bueno, siempre hay que tener esperanza, Benita. ¿Cuánto hace que no sabemos nada de Alfredo?

BENITA-Han pasado ya más de dieciocho meses, señor.

JUAN-Vaya, como pasa el tiempo.

BENITA-Le he traído el periódico. Tome usted ¿le voy preparando el desayuno?

JUAN-Claro, Benita, como todos los días.

BENITA-Hay días que se levanta usted, más tarde.

JUAN-¿Qué hora es?

BENITA- Ya se lo he dicho. Las nueve y veinticinco…

JUAN-¡Caray! Si es pronto, sí.

BENITA-Si me lo permite antes de traerle el desayuno voy a revisar todas las ventanas de las habitaciones ya que en días como este, más de una vez, se ha colado el agua.

JUAN-Sí vaya, vaya que el agua es muy puñetera. Yo echaré, mientras tanto, un ojo al periódico. ¡Caray! se nos ha marchado Adolfo Suarez. Pobre hombre.

BENITA-¿Decía?

JUAN-No, Benita, no hablaba con usted. Es el periódico; siempre hay noticias que a uno le sobresaltan. Puede marcharse.

BENITA-De acuerdo, señor.

JUAN-Espere.

BENITA-Si, ¿señor?

JUAN-¿Cuántos años lleva en esta casa, Benita?

BENITA-Doce años, nueve meses y…

JUAN-Basta, basta… ya mucho tiempo…

BENITA-Sí, señor.

JUAN-Y está a gusto, ¿verdad?

BENITA-Lo estoy, señor.

JUAN-Recuérdeme que tengo que subirle el sueldo.

BENITA-Muchas gracias, señor. Entonces pasaré primero por el garaje a ver si ha entrado algo de agua después iré al piso de arriba.

JUAN-Claro. Vaya usted, Benita.

BENITA-Si, señor.

JUAN-¡Benita!

BENITA-Sí, señor.

JUAN-¿Le gusta estar en esta casa?

BENITA- Claro, señor, ya se lo he dicho.

JUAN-¿No se aburre?

BENITA-No, la casa tiene mucho que hacer.

JUAN-Está bien, está bien. Puede retirarse… perdón, ¿dice usted que en estos momentos está lloviendo?

BENITA-Sí, señor. Puede asomarse.

JUAN-Claro -*se levanta para asomarse a la ventana quedando atrapado en la lluvia*-

BENITA-¿Puedo retirarme?... ¿Señor?, ¿Señor?

JUAN-Sí… ¡Oh! perdón vaya, vaya… y muchas gracias, Benita.

BENITA- No hay por qué, Señor -*saliendo del salón*-.

Escena II

TERESA-Tuvimos una gran suerte con Benita, es tan servicial…

JUAN-Efectivamente, no sabría vivir si ella.

TERESA-La haces que sea imprescindible. Has dejado de hacer todo para que lo haga ella.

JUAN-Las edades…

TERESA-Y las ganas…

JUAN-¿Vuelve la cascarrabias?

TERESA-Solo hablo de lo que observo, Juan.

JUAN- Observas mal. Y déjame tranquilo.

TERESA-¿Tranquilo? ¿Llamas tranquilidad a la situación en la que vives?

JUAN-Es la misma que me dejaste. No me falta de nada.

TERESA-¿Seguro?

JUAN- Ya vuelves con tus absurdas preguntas…

TERESA-¿Absurdas preguntas?

JUAN- Vamos, Teresa, llevas toda la vida diciéndome lo que debo de hacer**.**

TERESA-¿Quién se lo dice a quién?

JUAN-Nada, que no hay manera…

TERESA- Te levantas de la cama y vas a la hamaca… eso no presagia un buen comienzo.

JUAN- A nuestra edad, ya no hay necesidades; todo se hace con más calma.

TERESA- A tu edad hay necesidad de vivir cada minuto.

JUAN- Ya lo vivo a mi manera…

TERESA-Siempre en la sala de espera…

JUAN-¿Qué quieres decir?

TERESA-No hay un solo día en que no esperes a alguien y siempre te acuestas de vacío. Parece que te pasas la vida esperando a alguien. Busca algo que hacer, hombre.

JUAN-El periódico me pone al día de todo ¡puñetas! Y si viene alguien a casa…, eso es cosa mía.

TERESA- Te has levantado un poco murrio.

JUAN- Vaya, le dijo la sartén al cazo. No mujer. Ahora saldré a darme el paseíto habitual y me quitaré de en medio, eso sí, con paraguas que está diluviando.

TERESA- Hoy no es el mejor de los días pero, haz lo que quieras…

JUAN- Por cierto, tú también estás un poco agria. No crees que deberías dejarme que cuide de mi vida. Ya no soy un niño.

TERESA-Si estoy aquí es porque tú quieres.

JUAN-No. Eso no es muy exacto que digamos.

TERESA-Pues explicarlo te será muy complicado. Mira Juan si quieres vivir en tu mundo vive como todo el mundo que involucrar pasado con presente y mezclar lo que es con lo que no es lo hacen solo los locos.

JUAN-¿Hasta por loco me tienes? Mira Teresa, si tienes la piel tan delicada ¿por qué no piensas alguna vez en lo que nos mortifica a los que vivimos? no trato de despertar ninguna admiración, son solo costumbres. Déjalo ya.

TERESA-Lo dejo.

JUAN-¡Puñetas! Es tan difícil permanecer callada.

TERESA-Háblalo contigo mismo.

JUAN-Tienes respuesta para todo.

TERESA-¿A qué me has traído aquí, entonces? ¿Hoy no vas a hablar de Alfredo?

JUAN-No hay día que no se hable de ello… Dijo que no pasaría hasta reparar unos zapatos y una silla de montar, eso me dijiste anoche, que tenían que tenerlo para

este fin de semana, y me he levantado para ayudarle pero me he quedado dormido, eso es todo.

TERESA- Es que no tiene sentido levantarse para sentarse al momento.

JUAN-Me quedé dormido, ¿cuántas veces he de decirlo?

TERESA-Como casi siempre.

JUAN-Bien, si estoy dormido ¿a qué puñetas me despiertas?

TERESA-Puñetas, siempre puñetas…

JUAN-Hay vicios que no se pueden quitar.

TERESA-Eso es porque no estás tranquilo del todo. Cuando uno duerme las preocupaciones duermen. El chico cada vez ve menos la luz de las calles. Pasa el día entre cueros, pegamentos, martillos y clavos…

JUAN- Bueno, es su oficio, el que le dejamos nosotros; y el que ahora nos permite vivir con bonanza.

TERESA- ¡Así es! con criada.

JUAN-¡No haces un disparo al aire! Ahora la necesito más que antes.

TERESA-Claro, claro.

JUAN-¿Podemos volver con Alfredo, mujer?

TERESA- Claro, decía que son ya treinta y siete años y no se le conoce…

JUAN- Lo que te digo, no hay bala que no tenga dirección. Cuando se trabaja, no hay lugar para otros vicios.

TERESA- Una mujer no es un vicio.

JUAN- No quería decir eso.

TERESA- Pues lo has dicho.

JUAN-El trabajo no se puede abandonar. Si él no puede, tiene que llamar a otro y los lujos son excesos.

TERESA- Estás hoy obtuso, ya te lo he dicho.

JUAN- Un día más y como todos los días. Vas a conseguir que me sienta un inútil.

TERESA- Eso ya lo consigue Benita. Sí, Juan, sí, que cada vez cuesta más hablar contigo –*silencio incómodo entre los dos*-.

JUAN-A Dios, gracias.

TERESA-Aquí, en este pueblo, solo existen los silencios y las miradas.

JUAN-Normal.

TERESA-Y por ello te has enclaustrado entre estas cuatro paredes…

JUAN-Son las paredes de toda la vida. Es porque mis huesos no dan para mucho más. ¿Es suficiente respuesta?

TERESA-¿Vas a ayudar a tu hijo?

ALFREDO-¿Ayudarle a qué?

TERESA-¿A qué crees tú?

JUAN-Sí, quizás sea mejor quitarse uno de en medio…

ALFREDO-¿En medio de qué?

Entra Alfredo

TERESA-¡Alfredo!

JUAN-¿Has terminado la silla esa de montar? Iba a ir a ayudarte pero me he quedado dormido.

TERESA-Como siempre.

ALFREDO-Sí, vienen a recogerla a las diez. Te traigo tus zapatos pegados, madre ¿De qué hablabais?

TERESA-Cosas de tu padre. Déjalos por ahí que ahora los llevará al dormitorio. Siéntate que te preparo el café.

JUAN-Enseguida viene Benita.

ALFREDO-No, no me da tiempo. Sólo dos minutos que la tarea acucia.

TERESA-Hijo, siempre con prisas.

ALFREDO-Hace un día de demonios... las pieles se apelmazan y es complicado trabajar en ellas con la humedad.

TERESA-Ya lo he visto ¿Qué se oye por el pueblo, hijo?

ALFREDO-¿Me lo pregunta a mí? Zapatero a tus zapatos, apenas salgo, madre. Hace dos días que no abro la puerta.

TERESA-Pues deberías salir más, un hombre con tu edad y sin mujer en casa, no es buena cosecha.

ALFREDO-Los tiempos hoy, son diferentes.

TERESA- Mira Alfredo, siempre conocí los “tilines” de los hombres… y el de las mujeres.

ALFREDO-Lo supongo. Para eso hay que tener tiempo libre…

JUAN-Di que sí, Alfredo.

TERESA- Primero el sosiego y luego el ajetreo.

ALFREDO- Primero la tarea que es la que da de comer.

TERESA- Hay edades para todo y un hijo a tu edad ya es tardío. Nunca entenderé por qué Manuela no te pareció una buena mujer.

JUAN- Deja al chico, mujer. Es un hombre, sabe cuidarse. No la escuches ¿Tengo que ayudarte a algo, Alfredo?

TERESA- A buscarle una mujer, a eso es a lo que le debes ayudar que la ubre de la vaca no descarga el celo del muchacho. ¿He sido clara?

JUAN-Cristalina.

ALFREDO-¿Queréis dejar de organizar mi vida?

JUAN- Eres muy pesada, mujer.

TERESA-Una mujer te ayudaría y te daría hijos.

ALFREDO- Si ha de llegar, llegará, pero una mujer también trae aguaceros, no hay primaveras eternas.

JUAN-¡Bien dicho Alfredo! No tienes ninguna obligación. Más diría yo, una mujer en casa es un alfiler. Siempre está pinchando.

TERESA- Tendrás tú queja.

JUAN-Hay más quejas guardadas que gritadas.

ALFREDO-Calmaros los dos. Es verdad que ya a mi edad...

TERESA-A todas las edades.

ALFREDO-Pero hay mucho trabajo que hacer y no deja…

JUAN-Tampoco te sientas obligado por nosotros. Lo entenderíamos. Lo único que tienes que saber, Alfredo, es que hicimos todo lo que pudimos por ti. Te mandamos al seminario y regresaste al año…; ser zapatero fue mi vida y hoy es la tuya, puedes hacer lo que quieras con la tienda.

ALFREDO-Me siento cómodo en ella y es mi vida. Y vamos a dejarlo ahí que es tarde.

TERESA- Hijo, nos preocupa tu futuro; eso es todo. Créeme, mejor una vida acompañada que una vida solitaria; compartir orea el cerebro. ¡Ah! toma hijo este delantal; ponle un remache en las tirantas que siempre se descose por el mismo sitio.

ALFREDO- No sé cuándo te lo traeré. Y dejar de pensar en mi futuro. Estoy bien como estoy.

TERESA- Ya sé que lo estás, pero un hombre siempre…

JUAN-No vas a dejarle, ¿verdad?

TERESA-¡Qué hombre!

ALFREDO- Venga, calmaos. No quiero ser motivo de disgustos. Tener paciencia conmigo.

TERESA- ¿Cómo no la vamos a tener, hijo?

JUAN-Dime si me necesitas, Alfredo. Hoy quería bajar a ver el correo. Hace tres días que no paso.

ALFREDO- ¿Con el día que hace? ¿Esperas algo? Yo te bajo en un momento.

JUAN-¡No! Lo pensé anoche pero es verdad que el día está turbio… como siempre llega alguna noticia inesperada, no quiero dejar pasar tres días sin pasar a recogerla, ya sabes lo inesperado me ataca los nervios. Se lo diré a Benita que me baje si se aclara el día.

TERESA-¡Otra vez Benita! Has dejado de conducir y te has vuelto un inválido. No le hagas caso hijo, eso lo puedes hacer en cualquier momento, y no en un día como el de hoy que te puedes romper la crisma. Anda, Juan, ve con el chico si quieres y le ayudas con los cueros y me haces tú los remaches esos.

JUAN-El caso es tenerme fuera de casa.

ALFREDO-Pues ahora que lo dices, sí, me vendría bien estibar unas pieles nuevas que me han traído los vascos.

JUAN-¿Tengo que llevar algo? Por cierto apareció el otro día una bolsa con buriles, punzones y alguna lezna. Te las debiste dejar el último día. Voy a por ellas.

ALFREDO-Sí, lo había olvidado. No lo eché en falta porque ahora utilizo unas nuevas.

JUAN-Son tuyas. Estarán mejor en la tienda que no aquí.

ALFREDO-Es mejor que vaya yo. Dime dónde están.

JUAN-Iré contigo.

TERESA-Ten cuidado con él, se revela contra la edad y se cree…

ALFREDO-No te preocupes, madre. Estaré atento a lo que haga.

TERESA-A veces es tan lanzado…

JUAN-¡Coñe! ¿No me quieres fuera de casa?

TERESA-Es un gruñón, pero le necesito, me hace mucha compañía…

ALFREDO-Como tú se la haces a él.

TERESA-Aquí estamos tan alejados de todo.

ALFREDO-Estoy yo.

TERESA-Lo sé, hijo, lo sé…

ALFREDO-Madre, dame un beso. Yo le traeré. Y no te preocupes.

TERESA-Ten cuidado, Juan que ya no eres un niño…

JUAN-¡Puñetas! -*saliendo de la casa*- ¿No puedes estar un minuto sin llamarme viejo? -*Alfredo recompensa a su madre con otro beso tras el exabrupto de Juan.*

ALFREDO-Es un gruñón -*al oído de su madre*-.

TERESA-Anda ve, que no me fío de él.

Escena III

Dos horas más tarde. Juan está leyendo el periódico, cuando suena la puerta. Benita cruza el salón.

BENITA-La señorita Manuela, ¿la hago pasar?

JUAN-¿La señorita Manuela? ¿La señorit…?

TERESA- Es la chica que hizo migas con tu hijo.

JUAN-¿Con Alfredo?

TERESA-Sí. Hazla pasar y déjala hablar.

JUAN-Sí, claro, que pase.

BENITA-Pase, por favor.

MANUELA-Hola señor Juan**.**

JUAN-¿Qué le trae por aquí, señorita?

MANUELA- Subí a la tienda y no vi a Alfredo… me preguntaba si estaría por aq…-*Manuela observa a Juan que la mira un tanto distraído*-.

TERESA-Ya te dije que esta chica merecía la pena; bebe los vientos por tu hijo.

JUAN-Pero… pase, pase; no es muy común recibir visitas en esta casa ¿verdad Benita? Vaya, es tan discreta que ya se ha retirado… ¿me decía?

MANUELA-Pasé por aquí para saber de su hijo. He pasado por la tienda y estaba cerrada… ¿Está bien?

JUAN-Sí, sí. ¿Manuela ha dicho que se llama…?

TERESA-¡Por Dios!, ¡Qué cabeza tienes! Hemos estado hablando de ella hace unos instantes.

MANUELA-¿No se acuerda de mí?

JUAN-Sí, ¿cómo está usted?

TERESA-No sabes quién es todavía.

JUAN-No puedes estar callada -*a Teresa*-, ¿verdad? Siéntese. Siéntese aquí mismo -*ofreciéndole el sitio que ocupa Teresa*-.

MANUELA-No no es necesario, no me voy a entretener. Dígale, si le ve, que la hija de Florentino ha pasado por la tienda a verle.

TERESA-Te lo dije, esta sería una gran mujer para el chico.

JUAN-¿Es usted la hija de Florentino?

MANUELA-Así es.

JUAN-Ha estado hace unas horas por aquí. Habló de unos vascos y después se marchó.

TERESA-¡Qué memoria! Estás más que viejo que un vagabundo. Te fuiste con él.

JUAN-Habrá salido a por alguna cosa. Con este tiempo… Pero siéntese no viene mucha gente por aquí en los últimos tiempos; deje el paraguas en el paragüero, ¡caray! es raro que Benita no se lo haya cogido, miré allí lo tiene; en fin, dice que se llama…

TERESA- Benita, siempre Benita…

MANUELA-Manuela, la hija de…

TERESA-Floren…

JUAN-Florentino. Ya, ya, la he escuchado perfectamente. Gracias -*a Teresa*-

TERESA-Mentiroso.

JUAN-Le decía que aquí raras veces viene nadie de visita, ¿sabe? y nos agrada la compañía, pero ¿dígame? Quería hablar de Alfredo.

MANUELA-Más concretamente con Alfredo.

JUAN-Ya… Es un gran muchacho, lástima que trabaje tanto.

MANUELA-Lo sé.

JUAN-¿Sus padres, cómo están?

MANUELA-Mayores, con achaques, pero sobreviven.

JUAN-Me alegro.

TERESA-¿Háblale de Alfredo?

JUAN- ¡Callate! -*acercándose a Teresa*- Si supiese usted lo que le cuesta a uno salir de esta casa…

MANUELA-Con la que está cayendo está usted mejor aquí, guarnecido.

Silencio de los dos con continuas miradas…

TERESA-Vamos la has invitado a sentarse. ¿Qué le vas a contar? Háblale de Alfredo -*Manuela hace un gesto sonriente a la espera de que hable Juan que la observa descaradamente-.* ¡Juan!, ¡Juan! Nunca fuiste un…

JUAN- Es usted muy guapa.

TERESA-Es la salida fácil de todos los hombres.

JUAN-Mi hijo sería muy afortunado si usted quisiera casarse con él.

TERESA-¡Caray! Sin tapujos. Ahora has sido tú quien ha disparado sin ningún pudor. O no llegas o te pasas.

MANUELA-Eso no puede ser.

TERESA-No puede ser ¿por qué?

JUAN-Lo imagino.

TERESA-¿Cómo dices? ¿Qué imaginas? Es lo que necesita tu hijo. No va a encontrar otra mujer como Manuela.

MANUELA-¿Lo sabe usted? o ¿lo imagina? Y ¿desde cuándo?

TERESA-¡¿Desde cuándo?!

JUAN-Siempre lo intuí.

TERESA-¿De qué estáis hablando?

MANUELA- *al ver a Juan ensimismado*-¿Se encuentra bien?

JUAN-Hay dolores que duran toda la vida…

MANUELA-Así es; toda la vida…

JUAN-Y aún quiere ver a Alfredo.

MANUELA-Él me rechaza.

TERESA-Supongo que sí.

JUAN-¿Y cree que tiene razón?

MANUELA-Posiblemente… ¿Le importa que fume?

TERESA-¿Razón de qué?

JUAN- No, por supuesto que no. Tiene un cenicero ahí. ¿Le pone nerviosa hablar de ello?

MANUELA-Mire señor Juan, le seré clara, me aterra hablar con Alfredo de ello… y no sé si estoy preparada si quiera.

JUAN-Tranquilícese, los nervios pocas soluciones aportan.

MANUELA-Quizás sea mejor que me vaya…

TERESA-¡De ninguna manera! -*Juan se queda en silenci*o- no dejes que se vaya; "…por aquí no suele pasar mucha gente en los últimos tiempos", lo has dicho hace un momento.

JUAN-No.

MANUELA-¿No?

JUAN-No, no quiero molestarla más pero, serénese primero, ande, fúmese el cigarrillo tranquila -*Manuela hace un gesto de asentimiento-.* Yo le diré que ha venido usted, no se preocupe.

MANUELA-Gracias.

JUAN-Sí he de decirle, que con la edad que tiene y las responsabilidades a su cargo hay que ordenar también las prioridades. Uno mismo tiende a complicarse la vida… y los designios de ésta no los elige uno…

TERESA-He de reconocer que, estas últimas palabras han sido brillantes. Pero sigo sin entender…

MANUELA-Señor Juan, ese amargor dura toda la vida y créame que no hay con qué disimularlo.

JUAN-Lo comprendo, póngase usted también en mi lugar… mire donde me han llevado los designios de la vida…, Benita es todo el mundo que me mira y a veces el doctor.

MANUELA-¿Benita?

JUAN-Sí, la criada. Se lo puede imaginar, a esta edad la soledad amarga.

MANUELA- Lo entiendo. Bien, señor Juan, ha sido un placer hablar con usted. Ahora me tengo que ir.

JUAN- ¡Oh! claro. Le diré que usted ha pasado por aquí *–levantándose del sillón y obligando a levantarse a Manuela-*; ha sido muy grato conversar con usted.

MANUELA-Usted también ha sido muy amable. Pasaré en otro momento -*dirigiéndose a la puerta de salida. Ambos se dedican una nueva mirada-*.

TERESA-¿Qué ha sucedido? ¿Qué me he perdido? ¿Qué escondéis los dos?

JUAN-Sigues y sigues tan testaruda como lo has sido siempre. Cuando vas a terminar de irte, ¡coñe!

TERESA-¡Puñetas! Mejor tu palabrita.

JUAN-Pues eso. ¡Puñetas! Llevas toda la vida enredada en mí y muchas veces me falta el aire para respirar–*volviéndose a quedar mirando el ventanal*-.

Escena IV

BENITA-¿Señor?

JUAN-Sí, Benita.

BENITA-¿Me ha llamado?

JUAN-No. No, recuerdo haberlo hecho.

BENITA-Le ruego me disculpe, las cubiertas están muy estropeadas y el agua se empeña en filtrarse.

JUAN-Vaya, vaya, no pierda el tiempo.

BENITA-En cuanto termine me pondré con el desayudo del señor. Mientras tanto tiene el periódico en su sitio. Distráigase leyéndolo.

JUAN-Está bien, Benita.

BENITA-Gracias, señor.

TERESA-Está bien, Benita... ¡Has dejado marchar a esa mujer!

JUAN-Es lo que tenía que hacer. Ella no tiene ninguna culpa; demasiado traumatizada está.

TERESA-¿Culpa de qué?

JUAN-¿Cuándo vas a salir de mi vida? ¿Cuándo vas a dejar de torturarme?

TERESA-Eso es que no tienes buena conciencia.

JUAN-Precisamente; no la tengo porque toda la vida me has tenido engañado y desde ese mismo instante te instalaste en esta casa, en esta cabeza para recordarme quien soy.

TERESA-Ahí viene de nuevo.

JUAN-¿Quién?

MANUELA-Hola, Señor, me dejé el paraguas y…

TERESA-No la dejes ir.

MANUELA-¿Se encuentra bien?

JUAN-¡Claro! A veces hablo solo; pase, pase usted a por el paraguas, se lo ruego.

MANUELA- Muchas gracias por su cortesía.

JUAN-Señorita Manuela es usted de la misma edad que Alfredo, ¿verdad?

MANUELA-Por qué lo pregunta.

JUAN-Cosas de viejo…

TERESA-Eso es indudable.

MANUELA-Treinta y siete años tengo. Alfredo cinco meses menor que yo.

JUAN-Ahora que lo dice… sí, recuerdo esos nacimientos. Claro que los recuerdo… también los embarazos.

MANUELA-Don Juan eran tiempos de felicidad.

JUAN-Sí, ya lo creo, pero también hay dolores que oscurecen esos recuerdos…

TERESA-Seguis jugando al misterio...

MANUELA- Se aprende a vivir...

JUAN-Sabe Manuela, yo soy el más pequeño de cuatro hermanos y aún se me llenan los ojos de lágrimas recordando aquellos tiempos. Ese rincón lo tengo intacto aquí dentro -*llevándose el delo a la sien*-; me ensancha el alma y pone un rictus risueño en mi cara.

TERESA- Ahora, con tus años y con morriña.

MANUELA-También a mí, no se crea, una, aunque sea más joven, también necesito beber de esos recuerdos.

JUAN-Pasa el tiempo tan deprisa…

MANUELA-Ya lo creo.

JUAN-¿Le echa de menos?

MANUELA-Uff…

JUAN-Le duele hablar de él. –*Manuela le contesta con un gesto afirmativo*- No lo haga si no quiere… ¿quiere que le prepare algo…? un Martini con soda o quizás algo más fuerte… vamos mujer aquí no la ve nadie, si es eso lo que le preocupa.

MANUELA-Está bien.

JUAN-Le calmará.

TERESA-Solo se había dejado el paraguas…caray lo que arrastra.

MANUELA-Nos confundían, los mismos gestos, la misma mirada… las mismas aficiones...

Éramos inseparables… como dos hermanos…

JUAN-Cálmese -*ante la amargura que le produce a Manuela sus últimas palabras*-.

MANUELA-Perdone.

JUAN-¿Lleváis mucho tiempo sin veros?

MANUELA-En nuestro caso el tiempo no alarga la distancia. Estamos a cinco minutos el uno del otro…

JUAN-Y sin embargo…

MANUELA-Hay un abismo infranqueable.

JUAN-No quisiera entrometerme…

MANUELA-No lo hace. Créame. Apenas tres saludos en la calle no sé cuánto tiempo hace ya.

JUAN- Hablar sosiega… -*acercándose a ella*- y fumar más; el cenicero aún no ha sido recogido. Yo de joven lo hacía, aún me gusta su olor, es una lástima que el médico me lo haya prohibido. Siéntese, aquí no molestará a nadie -*mirando a Teresa*- y yo se lo agradeceré.

MANUELA-Catorce años sin una sola conversación…

JUAN-Al menos eso ha tenido ventajas, habla muy bien del calzado que usan en la casa.

MANUELA-Tiene usted un gran humor.

JUAN-El humor es un gran remedio contra -*va a la posición donde está Teresa*- la mala conciencia.

MANUELA-Aquel día…-*vuelve a encender un cigarrillo*- Aquel día pasé por la zapatería… llevaba los zapatos de mi pa… de mi padre para poner unas suelas nuevas… quizás tenga usted razón y fueran unos buenos zapatos, fue hace mucho tiempo; pasé y escuché un extraño murmullo silencioso y me quedé a escuchar: estaban los dos ahí, juntos, con las miradas perdidas en las pieles que pendían de una cuerda; los escuché; aquella conversación la llevo escuchando cada día; se me cayó el mundo encima… pensé que no era el mejor momento y me despedí sin una sola palabra. Catorce años sin obtener respuesta alguna…

JUAN-Vaya, vaya… -*mirando a Teresa*- Así que usted se enteró en el mismo momento en que se lo dije a Alfredo. La maldad lo inunda todo.

MANUELA-Lo inunda todo, ya lo creo.

JUAN-¿Don Florentino nunca se lo dijo a usted?

MANUELA-*Negándolo con la cabeza*- Me lo dijo usted, fue suficiente. ¿Sabe? Me he preguntado mil veces si la actuación de mi padre Florentino, por haberlo callado, era más digna de un cobarde o de un héroe. ¿A usted que le parece?

JUAN-Joven, parece que usted haya leído ese dilema en mi frente –*Juan sigue contestándole de espaldas y mirando a Teresa*-. Nunca me he atrevido a contestarla… tampoco he tenido claro si merecería la pena…

MANUELA- ¿Está usted bien?

JUAN-Sí, perfectamente hace mucho tiempo que no me encontraba así -*volviendo a mirar a Manuela*-.

MANUELA- ¿Sabe? Le entiendo perfectamente.

JUAN-Nunca volví a hablar de ello con Alfredo.

MANUELA-Es curioso…

JUAN-¿Qué es curioso?

MANUELA-A usted también le pasa lo mismo.

JUAN-No la entiendo.

MANUELA-La comunicación entre las dos partes es difícil de explorar, más allá de conductas sociales establecidas, ¿verdad? -*Juan se la queda mirando esperando más explicaciones*-**.** ¿Usted sigue llamándolo hijo? Veo que le es más fácil llamarlo por su nombre.

JUAN-Es usted muy observadora.

MANUELA-Mi pad… es difícil, verdad, uno no sabe cómo comunicarse a la hora de referirse a él, mi padre Florentino siempre se refirió a mí como "hijo". Sigue haciéndolo. Le aseguro que sigo mirándole a los ojos y no atisbo duda al respecto en su rostro.

JUAN-Duele más que un mal trago. Llamarle hijo supone robarle un poco de identidad a Alfredo, sí, ya sé que ser padre es mucho más que engendrar un hijo, pero no le voy a ser prudente en este momento de confidencialidad, algún pellizco en las entrañas, alguna vez, me ha dado, dadas las condiciones que ambos conocemos.

TERESA-¡Dios santo!

MANUELA-Cuesta hasta pronunciarse**.** Soy consciente… Tardé una semana en hablar con mi madre, debía tener la certeza de ella… Tras otra semana de negaciones con continuas miradas soberbias y de culpabilidades, se sinceró conmigo. Él nunca lo hizo. Nunca he sabido si lo calla o lo ignora. Él vive dentro de un libro. Dice que las historias que lee son mucho más interesantes que las que suceden en la vida…, propio del viajero que ve la vida pasar, sin más.

JUAN-No se crea usted todo lo que vea. El camaleón cambia de color para camuflarse. Durante mucho tiempo Alfredo pudo pensar lo mismo.

MANUELA-Seguro. Aquellos años fueron maravillosos. No había conciencia herida.

JUAN-Han pasado catorce años… Le tienen que roer mucho las entrañas no poder hablar con Alfredo ¿verdad? y presentarse aquí en un día como éste… ¿me permite una indiscreción? ¿Qué quiere decirle a Alfredo? Debe ser importante.

MANUELA-…Él está aquí.

JUAN-¿Él? ¿Quién es él?

Manuela simplemente asiente.

JUAN-¿El cura?

MANUELA-Don Jaime.

JUAN-¿Ha vuelto ese mal nacido?

Juan se levanta y pasea de un lado a otro ante la atenta mirada de Manuela.

TERESA-Lo sabías y siempre lo tuviste callado.

JUAN- Por un momento creí que te habías quedado muda. Exactamente igual que tú.

MANUELA-¿Cómo se enteró usted?

JUAN- Hay silencios que gritan más que una afición en un campo de futbol-*mirando a Teresa*-. Nació al sexto año de casarnos. Ya no lo buscábamos. Imagínese la ilusión que nos hizo… pero la zapatería es un lugar más donde charlar y… entre dimes y diretes fui atando cabos… el resto ¿quién no encuentra rasgos en un hijo?

MANUELA-Ya. ¿Habló con su mujer?

JUAN-Las evidencias me lo confirmaron y opté por vivir más como un ingenuo que cómo un héroe.

MANUELA-En las dos orillas hay dolor.

JUAN-Sin duda, ya lo hemos hablado. Me sigue ahogando este calvario, no sabe cuánto. No veo la hora de soltar amarras a esta desazón que me acompaña toda la vida.

MANUELA-Le entiendo perfectamente.

TERESA-Creo que es éste el momento de separarnos, Juan.

JUAN-No todo fue tan malo.

TERESA-Ya -*saliendo del salón*-**.**

MANUELA-¿Decía algo?

JUAN-Que no fue todo tan malo…

MANUELA-No, no cambiaría por nada del mundo, mis días con Alfredo.

JUAN-Eso dice mucho de usted.

MANUELA-Bien, el cigarrillo se ha acabado.

JUAN- También el Martini con soda… Como usted quiera. Hace tanto que no conversaba con alguien…

MANUELA-Seguro que habrá más ocasiones.

JUAN-Aún quedan secretos inconfesables.

MANUELA-Otro cigarrillo va a ser mucho, señor Juan… y dos –*mostrándole el vaso*- va a ser mucho para un día de tormenta.

JUAN- Sí, quizás sea suficiente por hoy. Un dolor de esta envergadura hay que digerirlo a pequeños sorbos.

MANUELA-Es hora de marcharme. Muchas gracias –*dirigiéndose a la salida*-.

Cuando entra Alfredo.

ALFREDO- ¡Manuela! ¿Qué haces aquí?

MANUELA-Preguntaba por ti. No estabas en la zapatería y…

ALFREDO-Tuve que llevar unos encargos.

JUAN-Si me permitís, tengo unos asuntos que requieren mi atención -*saliendo del salón ante las miradas de Manuela y Alfredo*-.

Escena V

ALFREDO-Bien, aquí estoy. Tiene que ser importante para venir hasta aquí y más con este tiempo. Cuéntame…

MANUELA-Tenía que hablar contigo.

ALFREDO-Eso ya lo has dicho.

MANUELA-Él está aquí… don Jaime.

Alfredo esconde su semblante ante las palabras de Manuela y se da un tiempo para reflexionar.

ALFREDO- ¿Lo sabes?

MANUELA-Desde el mismo día en que te lo confesó tu padre. Ese día fui a buscarte como tantos otros a la zapatería.

ALFREDO-¿Desde entonces…?

MANUELA-Catorce años han pasado. No he merecido tu repulsa…

ALFREDO-Te amaba -*sin atreverse a mirarla*-.

MANUELA-No sabes cuánto yo.

ALFREDO-En la zapatería tengo cien oficios… dicen que el que siente mucho apego a su rebaño es que tiene algo de borrego; me atrincheré en ella pensando que era lo mejor… es más, de vez en cuando, ante una mirada excesivamente amable, aún asoman vergüenzas… las caras no se olvidan y las procedencias tampoco. Un simple gesto te delata, un silencio te hiere y las palabras nunca encuentran el camino correcto…

MANUELA-No necesito explicaciones. No he venido a pedírtelas. No te tortures más, Alfredo.

ALFREDO- Nunca supe que respuesta darte… Tampoco supe que excusa darme… vivo atado a una sinrazón que se ha instalado en mi cabeza.

MANUELA-No digas eso. No tenemos culpa.

ALFREDO-…Y sin embargo… la llevamos padeciendo toda la vida.

MANUELA-Mírame, Alfredo.

ALFREDO-No puedo.

MANUELA-Te lo ruego, te lo ruego.

ALFREDO-Mirarte me produce dolor.

MANUELA-¿Y qué crees que me producen a mi tus palabras? Pero han pasado ya catorce años.

ALFREDO-Y tres meses…

MANUELA-¡Dios Mío! ¿Sigues todavía enamorado? o ¿llevas todo ese tiempo escondiéndote de mí por el pudor que te produce lo que hicimos?

La única contestación de Alfredo es el silencio.

MANUELA-Contéstame, Alfredo, te lo suplico. Necesito saberlo.

ALFREDO-Nunca debimos hacerlo.

MANUELA-Nadie nos obligó, nadie. Yo fui feliz, me hiciste la mujer más feliz del mundo. No me arrepiento de nada, absolutamente de nada.

ALFREDO-No debimos hacerlo.

MANUELA-Pero lo hicimos. Ya está hecho. Eso no lo vamos a poder cambiar.

ALFREDO-¡Por Dios! Manuela. ¿No te das cuenta de la gravedad de nuestros actos?

MANUELA-No es verdad, ¿de qué gravedad estás hablando?, nos queríamos, eso es todo. No había voluntad de herir a nadie, ni siquiera a nuestros cuerpos. ¡Por Dios, Alfredo! ¿Quieres mirarme?

ALFREDO-No puedo, no puedo ¡No puedo!

MANUELA-No lo sabíamos, no lo sabíamos, Alfredo y no me arrepiento…-*Alfredo, seca sus lágrimas*- Si quieres me voy; solo vine a decirte que él estaba aquí…, y no sé qué hacer.

ALFREDO-¿Dejarlo pasar, quizás? Ya es tarde para todo… Yo tengo mis pieles, mis zapatos, tú…

MANUELA- …El supermercado, a mis padres, uno, con demencia senil y la otra, con artritis reumatoide. Alfredo, hablo de nosotros, de curar heridas, de poder mirarnos a los ojos y poder acabar con esta amargura.

ALFREDO- Ya te he dicho que eso me supone un gran dolor.

MANUELA-Dolor es lo que llevamos pasado. Ahora hay una oportunidad para…

ALFREDO-¿Para qué? ¿Con qué ojos podría mirarte sino con ojos de deseo?, el mismo deseo que nos inspira las cosas prohibidas, Manuela, y ahí, no hay conciencia que no ahogue.

MANUELA-Alfredo -*cogiéndole la mano*-. Es hermoso, muy hermoso lo que dices, nunca pensé que hubieras sufrido tanto.

ALFREDO-Nunca he querido ver su cara, sus ojos, ni siquiera deseo oír el sonido de su voz y ahora me pides que le ponga cuerpo a mi odio, ¡no! No, porque si lo veo ahora, lo veré para el resto de mi vida. Es lo único bueno de esta tragedia, desapareció cuando teníamos seis años, ya apenas es un boceto para mis recuerdos.

MANUELA- Lo sé. Pero hay algo en mi…

ALFREDO-He vaciado mi alma de lágrimas… y me he visto obligado a mirar a otro lado; ahora tengo lo que necesito para sobrevivir. Es suficiente.

MANUELA-No es suficiente, Alfredo; ocurrió y cerrar los ojos a ello no significará nunca que no sucedió. Debemos verlo como algo bonito, de bellos recuerdos, de días maravillosos, felices…

JUAN-Disculpad la interrupción. Él está aquí. También ha preguntado por usted, señorita. ¿Le hago pasar? Le dije que solo lo permitiría si Alfredo y usted Manuela querían aceptar la visita.

Silencio

MANUELA-Démonos una oportunidad. Escuchemos sus explicaciones.

ALFREDO-No fuimos nosotros solos. Fue lujuria lo de ese señor. Asco me produce, no quiero verlo. No quiero verlo.

MANUELA-No le mires tampoco a él, pero déjame escuchar sus palabras, hazlo por mí. Lo necesito.

ALFREDO-No quiero verlo.

JUAN-Le he dicho que no puede pasar. Es tan tozudo como tú, Alfredo.

Don Jaime entra en el salón en silla de ruedas. Silencio y miradas.

DON JAIME- Les he estado escuchando. La oratoria, y la vehemencia de sus palabras me han llevado a ello. Les ruego que me perdonen.

JUAN- A su edad y en su estado sigue teniendo, don Jaime, la soberbia instalada en el alzacuellos.

MANUELA-Está bien, quizás quiera decirnos algo.

DON JAIME- A ello he venido. Sé que necesitan una explicación aunque les parezca extraño.

ALFREDO-No es extraño. Como a todas sus feligresas. ¿Cuántas fueron?

DON JAIME-Vengo a pediros perdón. Sé que mi ministerio no ha sido ejemplar… y por ello estoy aquí.

ALFREDO-¡¿Treinta y siete años después?! …No debiste dejarle pasar, padre**.**

JUAN-También es muy duro para mí, Alfredo. Os ruego que me perdonéis. Yo me retiro.

DON JAIME-Quédese, usted también debe oír mis disculpas.

JUAN-No, son muchos años esperándolas, muchos años esperando el regreso de su huída, y… permítame decirle que viendo su estado, no es el más propicio para la defensa de una canallada. Quizás el disparate lo pudiera decir o hacer yo mismo.

DON JAIME- Quédese, señor Juan, se lo ruego. Mi equipaje son mis disculpas. Eso es todo lo que les traigo.

ALFREDO-¡Disculpas! Lo has oído Manuela, ahora quiere disculparse. Mándese rezar un “padrenuestro” y dos “avemarías” y listo, a seguir con la juerga.

MANUELA-¡Por Dios!, Alfredo.

DON JAIME-Sé que les he producido un inmenso dolor.

ALFREDO-¿No me diga?

MANUELA-Déjale hablar, Alfredo.

ALFREDO-¿Crees que ese alzacuellos va a perdonarte lo que hiciste?

DON JAIME-Lo siento. Sé que es tarde y que mis palabras no van a hacerles olvidar lo ocurrido… pero el daño que hice también hizo mella en mí. Mi enfermedad avanza y aligerar pesadumbres serena, ilumina sombras… Perdonarse a uno mismo es lo único que no se sabe hacer… y ello me trajo aquí.

ALFREDO-Solo hace falta un susto para enternecer a un lobo. Lo ves, Manuela está enfermo de recuerdos y remordimientos.

MANUELA-¿De veras crees que una disculpa lo va a arreglar todo?

DON JAIME-No, de ninguna manera; ni lo pretendo, pero lo cierto es que me encuentro atrapado en el dolor del pasado. Simplemente…

ALFREDO-Ya lo ves, hermana; ese es nuestro gran padre.

DON JAIME-No, no hay nada que pueda remediarlo, lo sé, pero quiero pediros perdón por lo que hice. Por haberos ignorado, por pecar contra mis principios celibares, por ser deshonesto con vuestras madres y sus esposos, por ser deshonesto con mi fe…, por ser un cobarde… Tenía que hacerlo.

ALFREDO- Vamos que esa silla te ha ablandado el alma y ahora quiere ablandarnos el corazón ¿Cuántas tropelías fueron? ¡Contesta! ¿Cuántos somos? ¿Tenemos más hermanos? Vamos, desnuda tu alma ante tus propios hijos; sé por un momento misericordioso con nosotros y viste ese alzacuellos con honradez por un instante. ¿Sabéis? Carlos, aquél niño que terminó con su vida con apenas diecisiete años, venía a esta casa a ayudar en las tareas diarias con la excusa de querer jugar conmigo, era un disfraz, venía a llorar porque alguien en su casa no lo escuchaba, porque el aire que respiraba le asfixiaba cada día más, porque las miradas le culpabilizaban… llevó esa carga más de diez años; diez años… sin entender por qué aquél hombre religioso buscaba más razones espirituales en su pequeño cuerpo que en su propio alma… Pasó el tiempo y… cuando me enteré que aquél hombre, era mi Padre, ya fue tarde para todo, Manuela… para todo… ¿Cuántos han sido? Eran niños, por Dios, Padre, eran niños…

Silencio angustioso en la sala

-¿No lo veis?, ¿no veis su penitencia? Está haciendo su propio viacrucis pidiendo perdón por sus veleidades… ¿a cuántas casas has de llamar? ¿De verdad crees que tu Dios te va a perdonar?

DON JAIME-Solo espero compasión para el perdón.

MANUELA-¿Compasión? Y de nosotros quién la ha tenido… ¿Me puedes decir dónde has comprado tu alma para creerte más importante que nadie y ser capaz de hacer lo que has hecho?

DON JAIME- Será mejor que me marche -*disponiéndose a la salida-.*

MANUELA-¡Espera! Espera, espera… Llevo esperando tanto tiempo… ¿Cómo es posible ser tan cruel, tan despiadado? Has venido a redimirte ante nosotros… y sin embargo, ni siquiera has pensado lo que ello podría suponernos. No lo entiendo, si te vas ahora, ¿tu conciencia estará sanada? ¿Podrás entrar en ese reino de los cielos que predicáis?

DON JAIME- Yo…

MANUELA-¡Espera! Déjame terminar. Treinta y siete años esperando y todo se reduce a cuatro frases, apenas diez docenas de palabras, y con ello, ¿Cree usted que se zanja la angustia de tanto tiempo? ¿Sabe lo que duele huir de la paternidad tanto tiempo?, ¿ha oído decir que el hombre cruel siempre se presenta como piadoso? y ¿que el hombre pecador se presenta siempre como santo? ¿De veras no cree usted que sea necesario, al menos, que un juez estime su conducta? ¿Y que esos jueces seamos nosotros mismos, como ha hecho usted durante toda la vida con sus feligreses? ¿Se va y ya está todo solucionado? ¿Qué clase de religión abraza usted?, ¿qué demonios lleva vendiendo toda su vida? ¿Cuántas familias ha roto usted? y dígame, ¿cuántos inocentes más hay, como nosotros?

DON JAIME-Créame, no tengo respuestas…

ALFREDO-¡No hay respuestas!

MANUELA-No tiene respuestas… Sabe siempre albergue la esperanza de una explicación… hay amores inconfesables… siempre pensé que el amor es el mejor de los campos donde se puede cultivar, por raro que le parezca en él todas las semillas salen adelante, florecen. Sí, tenía esperanzas, aunque estas fueran forzadas, nunca pensé que hubiera miserables como usted… Ahora no quiero volverle a ver.

JUAN-Yo le acompañaré.

ALFREDO-¿De verdad pensabas que con tres frases todo lo ibas a arreglar?

DON JAIME-Tenía que intentarlo... Sé que es difícil de entender.

ALFREDO-¿Esa silla de ruedas es real?

DON JAIME-Buenos días -*volviéndose para salir y quedándose a escuchar los reproches de Alfredo y volviendo a salir*-.

ALFREDO-Me produces aún más escalofríos de los que nunca podía imaginar. ¡Mírame! Me enamoré de Manuela, no sabíamos nada, llegamos a hacer el amor, ese amor prohibido que tú predicas, cometiendo incesto, y lo llevo como pecado porque cientos como tú lo pregonáis a diario. Solo fuimos dos víctimas más de vuestra lujuria. No sirven dos palabras para pedir perdón, ni siquiera un cesto de penitencias para olvidar lo que hiciste. ¿Me has escuchado?, ¿me has escuchado –*acabando llorando, mientras don Jaime contempla la escena*-?

DON JAIME- Os he escuchado… y siempre pensé que el tiempo enfriaría los recuerdos y he comprendido que pedir misericordia no ha sido una buena idea…

MANUELA-¿Misericordia? ¿Pides misericordia a estas alturas?

DON JAIME-Creedme no lo digo con rencor, pensé que tras el daño causado, habría una familia que os acogería con amor y estoy seguro que lo ha hecho pero, nunca hubiera imaginado haber sembrado tanto dolor.

MANUELA-No lo imaginas. Es hora de que se vaya de nuestras vidas.

ALFREDO—Ahí lo tienes, Manuela, un cobarde con sonrisa espiritual que me produce temblores en mis entrañas y un amasijo de miedos, vergüenzas y repulsiones ¿Merecía la pena? Manuela, ¿merecía la pena conocerle?

MANUELA-Me quedaré a tu lado si me lo pides -*mirando y retando a don Jaime mientras Alfredo clava los ojos en Manuela, produciéndose una eterna mirada.*

Silencio en el salón. Don Jaime sale del salón. Juan le acompaña.

Escena VI

MANUELA-Dime que me quede contigo, Alfredo.

ALFREDO-No puedo. Nos haríamos más daño.

MANUELA-Entre nosotros no hubo daño; había amor. Éramos adolescentes y nuestros cuerpos simplemente hablaron de necesidades, no fueron menos vulnerables que los demás; hicimos lo que teníamos que hacer. Lo que hace cualquier pareja. No me arrepiento, no, no me arrepiento.

ALFREDO-Calla, calla. ¿No te das cuenta? Ahora lo sabemos, y el amor se ha convertido en pudor y vergüenza, no quiero una vida así.

MANUELA-Está bien, me marcharé si es lo que deseas…

ALFREDO-Aún tienes a dos personas que te necesitan -*levantándose*-.

MANUELA-Tú también necesitas a alguien. La soledad acabará contigo.

ALFREDO- La que mata es la soledad no consentida.

.*Manuela recoge el bolso y el chaquetón y se dispone a irse.*

JUAN-¿Se marcha?

MANUELA-Sí. Parece que hay alguien que así lo quiere -*mirando a Alfredo*-. Muchas gracias señor Juan… -*antes de salir*- ¿me permite un beso?

JUAN-¿Me dice a mí?

MANUELA-¡Claro! su cenicero es precioso.

JUAN-Yo le cuidaré el paraguas. Venga otro día a por él.

MANUELA-¡El paraguas!, hace un día de mil demonios...**.** Vendré otro día.

JUAN-Eso está mejor señorita. Alfredo, ¿quieres acompañar a Manuela? el día está lluvioso y sus padres la esperan, no querrás que…

ALFREDO-Está, bien, está bien. Ya voy **-***saliendo de la escena ante la mirada cómplice de Juan y Manuela-.*

Juan se sienta con la mirada perdida cuando ve aparecer de nuevo a Teresa.

TERESA-Volvemos a quedarnos solos**.**

Juan asiente sin decir una palabra. Silenció.

JUAN-¿No te habías ido?

TERESA-Me quedaba pedirte perdón. Fuiste un gran hombre. Y lo siento. Te hice mucho daño.

JUAN-Uno se acostumbra a todo. Mujer, no tengas prisa por irte, aquí vivo solo, y al fin y al cabo eres la que mejor me conoces, tú no molestas, ¿o sí? ¡Va! ¡Qué más da! al menos uno habla con alguien.

TERESA-Es un poco triste ser "alguien" después de toda una vida.

JUAN-Mujer, no quise decir eso.

TERESA-¿Crees que todos guardamos secretos?

JUAN-Seguro, mujer… hasta los que os habéis ido os lleváis alguno sin desvelar… Hoy estoy teniendo una mañana muy ajetreada -*quedándose dormido*-.

TERESA-… Hay que dejar quieto el pasado, que por algo ya pasó, y hay que vivir del presente que por algo nos llama y nos apremia a diario…, pero mezclar los dos mundos, ¡no! Que a los de aquí no les sirven de nada los de allá; y a los de allá tienen que dolerles enormemente que, sin razón muy seria, los zarandeen y los profanen los de aquí… -*viendo que Juan se ha quedado dormido*- Un descanso no te sentará mal.

Cuando entra Benita.

BENITA-¿Señor? ¿Señor?

JUAN-¿Eh? Me he debido de dormir otra vez.

BENITA-Así es, señor.

JUAN-Ya ¿y qué desea?

BENITA-Señor, el desayuno está preparado, ¿quiere que se lo sirva o espero unos minutos?

JUAN-¿El desayuno?, sí, está bien, tomemos el desayuno. Puede traerlo, Benita. Estoy preparado.

BENITA-Enseguida lo sirvo.

JUAN-*Sintiéndose observado por Teresa*- ¿Tú nunca duermes?

TERESA-Solo cuando lo haces tú.

JUAN-Parece que te noto un tanto extraña.

TERESA- Creo que es la hora de que me retire definitivamente.

JUAN-¿Crees entonces que mi penitencia ha merecido la pena?

TERESA-En tu conciencia queda.

JUAN-Creo haberte dicho que aquí tienes tu sitio; se te echa de menos.

TERESA-¿Entonces me echarás de menos? -*disponiéndose a salir*-.

JUAN-Sí, mujer, ya te lo dicho, en esta etapa de la vida se echa de menos a todo el mundo que ha formado parte de uno, cómo no te voy a echar de menos. Pero dime **-**¿Realmente te puedes marchar?

TERESA-Pregúntatelo a ti mismo. ¡Ah! -*antes de salir del salón*- El alzacuellos lo encontré en el cubo de basura del garaje, lo dejé encima del capot del viejo coche, tenía manchas rojas. Siempre fuiste un hombre con mucho talento.

Tras unos segundos de Juan con la mirada en los ojos de Teresa.

Escena VII

BENITA-¿Da su permiso, Señor? ¿Señor?-*con la bandeja del desayuno*-.

JUAN-Claro, Benita. ¿Sigue lloviendo?

BENITA-Hace un día hermoso, como toda la semana. Si le parece lo podemos aprovechar para ir al cementerio y le cambiamos las flores a su mujer.

JUAN-No sé en qué estaría pensando, creí que hacía un día de mil diablos; fíjese usted.

BENITA-A veces uno da cabezadas sin terminar de dormirse, señor.

JUAN-Ya… ¡Benita!

BENITA- ¿Dígame, señor?

JUAN-¿Ha desayunado usted?

BENITA-Sí, claro. Lo hago en cuanto me levanto.

JUAN- Y le importaría sentarse conmigo.

BENITA-No sé si debo.

JUAN-Claro, sírvase usted mismo un zumo, la vitamina c es muy necesaria; nos aporta energía que no viene mal a estas edades.

BENITA-Como usted diga.

JUAN-Pero siéntese, siéntese.

BENITA-Gracias señor.

JUAN-Recuérdeme que le suba el sueldo.

BENITA-Gracias, Señor.

JUAN-Benita ¿Cuánto hace que no pasa nadie por aquí?

BENITA-Hace seis días exactamente que vino el doctor, ¿recuerda? fue el martes pasado.

JUAN-Tiene usted razón, Benita**.** Tiene usted mucha razón**.** He de suponer que tampoco hay noticias de Alfredo…

BENITA-No señor.

JUAN-Tres años sin noticias es mucho tiempo ¿Dónde habrá ido ese condenado? ¿Y ella?

BENITA-¿Quién sabe?

JUAN-Benita, dígame ¿cree haber curado su conciencia?

BENITA-No le entiendo señor.

JUAN-Su conciencia, hablo de su conciencia.

BENITA-Bueno, mi conciencia siempre estuvo entre estas cuatro paredes. No entiendo dónde quiere usted ir a parar.

JUAN-Hablaba de Teresa y de don Jaime… ¿Cree que fue justo lo que ocurrió con ellos?

BENITA-Mire usted, la justicia es un término demasiado ambiguo por manido. ¿No dicen que la penitencia absuelve los pecados? ¿Quién no tiene pecados en este mundo, señor Juan?

JUAN-Sí, eso dicen… Una buena penitencia convierte en anécdota un gran pecado. Qué confortables son a veces los “padrenuestros”… ¿Benita?

BENITA-¿Si, señor?

JUAN-¿Cree que existe un mundo más allá?

BENITA-Verá señor, vivir con la rara certeza de que hay que dejar este mundo no alivia demasiado. ¿Por qué pensar en ello?

JUAN-Bueno, lo desconocido siempre inquieta.

BENITA-¿Se lo ha preguntado a Teresa?

JUAN- *Juan se la queda mirando unos instantes*- ¿Sabe que hablo con Teresa?

BENITA-A diario. Llevo aquí casi una vida, señor Juan. Hay palabras que no son para mí.

JUAN-La entiendo… mire lo que dice el periódico: Adolfo Suarez reposará junto a su esposa en el Claustro de la Catedral de Ávila bajo el epitafio "La concordia siempre fue posible". *Luz a negro. Fin*